

DIARIOS Y MEMORIAS DE ERNESTINA DE CHAMPOURCIN: ALGUNOS FRAGMENTOS INÉDITOS

María Elena ANTÓN REMÍREZ
Departamento de Literatura Hispánica
Universidad de Navarra
31008 Pamplona
manton1@alumni.unav.es

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN FUE UNA DE LAS PRIMERAS mujeres de principios del siglo XX que, mediante la publicación de sus poemas, logró entrar a formar parte activa de una cultura hasta entonces reservada casi exclusivamente a los hombres. Su inclusión en la segunda edición de la antología de Gerardo Diego (*Poesía española contemporánea*, 1934) la consagró junto a Josefina de la Torre como una de las pocas poetisas consideradas miembros de la generación del 27. Su formación literaria autodidacta y su clara conciencia de estar participando en los años 20 en la escritura de una poesía nueva, nacida de su tiempo, le ofrecieron asimismo el espacio adecuado para empezar a desarrollar una voz personal, acorde consigo misma, voz de mujer y de poeta, por encima ya de modas y géneros. Bajo el amparo de aquel a quien siempre reconocería como su maestro, Juan Ramón Jiménez, Ernestina de Champourcin entendió la escritura como una forma de estar en el mundo, una vocación, un compromiso ético, un resultado de pureza nacido de la intuición personal y del trabajo. Ese compromiso ético daría lugar con los años a la publicación de diecisiete poemarios,¹ una novela (*La casa de enfrente*), un libro de memorias (*La ardilla y la rosa: Juan Ramón en mi memoria*) y una antología de poesía religiosa (*Dios en la poesía actual*), porción representativa de sólo una parte de todo lo que llegaría a trazar en sus borradores e incluso a concebir imaginariamente en el regazo de su falda cuando ya la falta de vista le impedía la escritura.

Ernestina tuvo que desprenderse de la mayoría de estos borradores en su largo viaje hacia el exilio en 1936 y en su viaje de regreso a España en 1972, si bien es cierto que tendió también a destruir aquellos textos que no consideró dignos de ser publicados.² No hay que olvidar sin embargo que entre 1972 y 1999, año de su muerte, Ernestina llegaría a escribir seis poemarios,³ en uno de sus momentos de mayor profusión y originalidad creativa. De esta etapa, carente de nuevos viajes y mudanzas, sí conservó numerosos borrado-

res. Mezclados con algunos de los bocetos de poemas de esta época (en concreto algunos de los que pasaron a integrar *La pared transparente*, *Huyeron todas las islas*, *Los encuentros frustrados* y *Presencia del pasado*), Ernestina escribió una serie de anotaciones de diario y de fragmentos de autobiografía que nunca llegaron a publicarse y que cobran hoy especial interés en el marco de la interpretación de sus obras completas y de los estudios autobiográficos en auge. Estos “fragmentos” y “anotaciones” se encuentran originalmente mezclados entre sí y distribuidos en tres cuadernos que, atendiendo a las fechas que preceden algunos de los textos, pueden datarse en 1977, 1983 y 1987-1991. Los cuadernos, junto con otra serie de documentos personales de la poetisa, así como con los derechos de sus obras y las de su marido Juan José Domenchina, fueron donados en el año 2000 a la Fundación Universitaria de Navarra (FUNA), entidad asociada a la Universidad de Navarra, que se ha encargado desde entonces de su catalogación y salvaguarda.

Este artículo pretende acercar al posible lector estos escritos hasta ahora inéditos, facilitando su interpretación mediante la transcripción, fijación y anotación del texto y mediante el análisis de sus rasgos principales. Soy consciente de que su carácter diverso y fragmentario puede dificultar la total comprensión de su contenido; no he considerado sin embargo oportuno introducir una voz narrativa ajena al texto original. He procedido sencillamente a ordenar cronológicamente los fragmentos en dos grupos: “apuntes de diario” y “fragmentos de autobiografía”. He incluido en el primer grupo aquellos escritos en los que la fecha de redacción parece ser contemporánea a aquella en la que ha tenido lugar el suceso que se relata. He incluido en el segundo grupo los escritos precedidos por una fecha de composición que no puede coincidir cronológicamente con el suceso narrado y los precedidos por una fecha correspondiente a un acontecimiento del pasado y no al momento de composición. Los fragmentos que no se encuentran precedidos por fecha alguna han pasado a formar parte de uno u otro grupo en función de si su contenido hace más referencia al momento presente o a la rememoración del pasado. La mayoría de los “fragmentos de autobiografía” y algunos “apuntes de diario” se hallan asimismo precedidos de títulos que en la mayoría de los casos son meramente descriptivos del episodio o del tema que se aborda (“Los Veraneos”, “La Guerra”) y sólo a veces hacen referencia al proyecto más amplio de la escritura de una autobiografía (“Diario sin fechas”, “Memorias desmemoriadas”, “Recuerdos sin memoria”). A pesar de que los fragmentos precedidos por títulos genéricos podrían servir de marco de unas memorias compuestas a continuación por la narración de los distintos episodios, he preferido respetar el orden en el que se presentan en los cuadernos, recordatorio del carácter inacabado de estos escritos.⁴

Presente y pasado –“apuntes de diario” y “fragmentos de autobiografía”– se hallan en constante imbricación a través de la memoria. Si bien es cierto que el diario se diferencia de la autobiografía⁵ por carecer de una visión histórica de la vida, por renunciar a la continuidad narrativa en la que “el pasado queda subsumido dentro de una visión desde el presente” (21), se manifiesta en cualquier caso como su punto de partida. En los “apuntes de diario” la anotación de los sentimientos del presente se convierte en el medio perfecto para consignar la crisis que hace necesaria la escritura de una autobiografía, el sentimiento de pérdida de la identidad que lleva al escritor a tratar de rescatar mediante la memoria y la imaginación su unidad en el tiempo. El diario de Ernestina muestra en 1977 cómo su regreso a España ha supuesto para la poetisa un enfrentamiento a la escasez de trabajo, a la extrañeza ante un Madrid que ya no reconoce, a la pérdida de la inspiración creativa, al sentimiento de inercia que la hace encerrarse en sí misma, incapaz de comunicación con los demás. En 1983 el sentimiento de soledad queda vinculado además a una profunda conciencia de vejez, a la percepción de que a los ancianos nadie los escucha y se ven por ello obligados a dialogar con el pasado. Entre 1987 y 1991 se agrava en Ernestina la conciencia de que se acerca el final, si bien por encima de la soledad triunfa la esperanza de que algo permanece en lo que somos a lo largo de la vida, en lo que seremos en una nueva vida en Dios.

Identidad y permanencia son en definitiva las claves interpretativas de una autobiografía concebida desde los diarios como superación de la soledad, de la pérdida de la capacidad de darse a los demás por medio de la escritura. Los “fragmentos de autobiografía” de Ernestina se hallan por ello poblados de referencias a los paisajes que han estado presentes a lo largo de toda su vida (el mar), a los objetos que le han sido significativos (la rosa) y a las etapas de la vida en las que quizá cree poder hallar el secreto de su continuidad. Frente a los dos pasajes dedicados a la recreación de la guerra, los tres pasajes dedicados al éxodo hacia el exilio y el pasaje único dedicado a la vida en México, los siete fragmentos destinados a la recreación de la infancia confieren a esta etapa de la vida especial protagonismo en la autobiografía de Ernestina. Si en la vejez ha sucedido la pérdida de la identidad, Ernestina va a centrar precisamente en la recreación de la infancia su escritura autobiográfica. Son numerosos los relatos autobiográficos de poetas en los que la escritura rememorative actúa como medio para la recuperación del don creativo que se siente perdido. Y en ellos, la infancia, imagen moderna del origen de la palabra, de una visión libre de estereotipos, se convierte en punto de referencia privilegiado para la reconstrucción de su identidad como artistas. Lo mágico, los juegos, la imaginación, la ficcionalización forman por ello parte del espacio

de la niñez recreada por Ernestina en sus borradores. Ernestina encuentra la continuidad de su identidad en el tiempo en dos rasgos característicos de su niñez: la soledad que la acompañó siempre porque sus aficiones eran distintas a las de las otras niñas y la capacidad de “figurarse”, de hacer ficción. Presente y pasado, diarios y memorias quedan así vinculados a través de los signos de identidad del artista (de la poetisa) como “figurador” y como “exiliado”, como eterno niño en el espacio atemporal de un nuevo presente con la esperanza de la permanencia.

Ernestina calificó en varias ocasiones toda su obra como profundamente autobiográfica y, más adelante, críticos como Joy B. Landeira (en *Spanish Women Writers*) y José Ángel Ascunce (en su prólogo a *Poesía a través del tiempo*), al dividir su obra en etapas de acuerdo con criterios biográficos, favorecieron también la interpretación de sus escritos como autobiográficos. Se hace necesario aclarar en cualquier caso que lo autobiográfico se identifica en este tipo de interpretaciones con la temática sobre la propia vida y no tanto con las constantes formales definitorias de la autobiografía y los otros subgéneros de la literatura íntima,⁶ único punto de referencia al que creo que el investigador ha de acudir para hablar de autobiografismo.⁷ En este contexto, el análisis formal de las obras escritas por Ernestina en la preguerra y en el exilio no permite su calificación como autobiográficas. Sin embargo, el conocimiento de los “apuntes de diario” y los “fragmentos de autobiografía” sí deja un camino abierto para la lectura autobiográfica de algunas de las obras del regreso a España, en la medida en que comparten los signos de identidad establecidos por su autora en sus borradores de memorias, participando así de algún modo del mismo pacto autobiográfico.⁸ Este reconocimiento del carácter autobiográfico de los últimos escritos de Ernestina permite, por último, la lectura de toda su trayectoria creativa como dotada, desde su culminación, de una voz personal reconocible a través de los años, de la coherencia y unidad que muchos estudiosos han sabido ya atribuirle. Tal y como ha señalado Biruté Ciplijauskaitė, el autobiografismo supone en Ernestina una toma de conciencia, un reconocimiento de su identidad de escritora, una conjunción de los rasgos que han nutrido sus obras hasta el presente.⁹

Más allá del interés que los borradores aquí publicados puedan ofrecer por las anécdotas biográficas e históricas que contienen, creo por todo lo dicho hasta ahora que su mayor valor reside en su contribución a encauzar algunas interpretaciones erróneas que se han hecho de la obra de Ernestina y a reforzar las más acertadas. Confío en poder ayudar así mediante su presentación a la revalorización de una escritura que, tal vez por ser escritura de mujer, ha sido hasta ahora relegada a un segundo plano en nuestra historia literaria.

*Apuntes de diario**7 de febrero [de 1977]¹⁰*

¿Otra vez? ¿Por qué ha caído esta agenda en mis manos? Yo que he sido casi enemiga de los diarios: uno a mis 20 años que produjo interpretaciones muy curiosas por parte de la familia. Otro en México coincidiendo con mi gran crisis espiritual. ¿Y ahora por qué? Quizá el escribir aquí sea un buen remedio para mi inercia, mi indiferencia; este marasmo que me cuesta tanto trabajo disimular. Ahora mismo, escuchando a Beethoven en el silencio de la madrugada me siento mejor. Dios quiera que mañana sea capaz de levantarme temprano, de ir a Misa y ponerme a traducir. Todo depende de eso. Necesito desconcentrarme de mí misma. Darme ¿a qué? ¿a quién? (39).

8 de febrero [de 1977]

Soñé algo precioso: María y yo en un magnífico hotel rodeado de mar por todas partes. En el mar una canoa de motor roja. Había una tercera persona que no sé quién era. Antes de despertarme me oí decir: “a no ser que demos una vuelta por la bahía”. Y desperté distinta, no sé por qué. Fui a Misa. Volví y estuve traduciendo hasta la hora de comer. Sola toda la tarde, pero no lo pasé tan mal como otras veces. Hice la oración en la Iglesia. Ahora, Otelo por la radio. Ojalá siga esta mejoría. Si pudiera escribir el poema que se me ocurrió anoche... (40)

10 de febrero [de 1977]

Ayer día triste de nuevo hasta la noche y hoy volví a fallar por la mañana. Ahora ya es otro día (las 12:30 de la noche) y me siento otra vez llena de ánimos. Lo pasé bien en el almuerzo. Comida buena y barata. Todas de buen humor. Insistí en mi necesidad de trabajo. Es lo que me falta. Después del bache de este invierno que a lo mejor se debió a algo físico, ahora me siento capaz de trabajar como en México. La Santa Veracruz y congresos:¹¹ eso es lo que realmente me falta. Terminé la traducción de Ma. R.¹² Mañana me dedicaré a la correspondencia. Tengo un atraso de meses. (42)

11 de febrero [de 1977]

Por fin rompí a escribir anoche. ¡Qué falta me hacía! Debí ser como “romper aguas” cuando se va a dar a luz pero sin dolor. Qué alivio... algo duro y hosco que me estaba matando a fuerza de languidez e inercia ha desaparecido. (43)

13 de febrero [de 1977]

Paseo por el Madrid de Pedro de Ribera. Frío atroz. Al final, Misa en la Concepción. Me gusta cambiar de iglesia; se reza mejor cuando no hay progresismos. (45)

14 de febrero [de 1977]

Qué diferencia con esta fiesta en México.¹³ Aquellas meriendas en Lomas. Los detalles van desapareciendo. Para funcionar y luchar hay que acordarse de aquello... Aniversario de mi admisión. Una de mis primeras decepciones. Fui a Hamburgo, donde acababan de mudarse. No había nadie más que M.^a Ester. La cruz de palo estaba aún en el suelo del oratorio.¹⁴ (46)

15 de febrero [de 1977]

Me divertí de veras en la presentación de Plaza Janés. C. B.,¹⁵ que me ha conocido en México y no sé por qué esto hace su amistad más entrañable, me presentó a su mujer, mucho más joven que él, portorriqueña, de tipo exótico y muy dulce. Esperan su primer hijo. Estos encuentros me traen a J. J. vivo.¹⁶ Aquellas cenas en el diminuto piso de Reforma. C. leyendo a los entonces nuevos poetas españoles. Bartolomé Lloréns. La residencia de la Moncloa. Yo era ya de Casa¹⁷ y me veía por dentro. J. J. disfrutaba oyendo poemas de Valverde, Hidalgo, Panero, Rosales, etc. En lo espiritual, la vuelta es lenta pero tengo esperanzas. (47)

17 de febrero [de 1977]

“Ego vocavi te nomine tuo”, a veces se me olvida que me llamó por mi nombre. Aquel 24 de marzo de 1947 o tal vez 1948.¹⁸ Si pudiera recordarlo... pero esas cosas trascendentales se me olvidan pronto ahora, ¿por qué? Tarde apacible. No faltó nada. Si no fuera por la falta de trabajo, por esas cartas sin contestar que no me decido a escribir. Siento una frialdad extraña alrededor mío. No hay calor humano aquí. Todo el mundo en sus cosas. Y yo queriendo acercarme a los demás y sin lograrlo. Parece que se defienden. Que no quieren confiarse para que uno no se confíe. ¡Qué difícil entender! (49)

[1983]¹⁹ “Sobre las distancias”

A mí no me gustaba ese poema de J. J. pero ahora lo entiendo porque lo vivo y cómo... “Distancias; en la vida hay/ distancias...” Ahora en 1983, Madrid, enero, qué lejos está todo; ¡qué lejos están todos! Porque seamos sinceros, ¿quién está cerca de quién? Después de todo la vida del ser humano es eso: tratar de acercarse a los demás; pero hay otros seres humanos también que se

esfuerzan por impedir esos acercamientos. Lo más doloroso es que cuando creemos ingenuamente que hemos encontrado o que nos han encontrado alguien se empeña en que no tenga lugar el encuentro. Por eso hay un día en que se nos hacen tangibles las distancias y apenas podemos soportar el vacío. Y entonces, ¿qué hacer para huir de ese acorralamiento que nos aleja solos, impotentes, al borde de un abismo casi infranqueable? Y esas distancias subsisten aun cuando está uno en compañía. Esas son las distancias peores; las más grandes. Hay países donde el diálogo, el acercamiento auténtico es más difícil que en otros y a veces nos llevamos grandes chascos. En ocasiones una voz educada, culta, de las que esperamos una amistad abierta, amistosa, nos corta fríamente, levanta una barrera, sin intención de hacerlo; en otras, una persona de condición humilde, con un lenguaje distinto, pobre, nos tiende un puente insospechado. Una simple interrogación –“¿De veras, señor?, ¿no me diga!”– y nos lanzamos a hablar porque sentimos un secreto afán de comprender. (38-39)

[1983] *“Sobre la vejez o la ancianidad” (No diré nunca “tercera edad”, me parece una cursilería)*

Lo peor de la vejez son los otros. No sé antes, pero hoy cómo duele y molesta la actitud de los demás. Salvo algún que otro joven con inclinaciones intelectuales, esos otros ponen a prueba nuestra paciencia. No nos ven con mirada objetiva. Si saben la edad que tenemos estamos perdidos. En su fuero interno creen imposible que sirvamos aún para algo. Si nos falla la vista es que estamos completamente ciegos. Si nos falla el oído es que no oímos nada. No se fijan en que hay personas que parece que hablan para que no se las oiga y también sistemas de sonido deficientes. Aunque saben que no le duelen a uno las piernas preguntan: “¿puedes andar hasta la esquina?” Y si se trata de la cabeza, entonces... ponen en cuarentena todo lo que decimos porque “claro, a nuestra edad...” Nuestras opiniones sobre asuntos actuales no cuentan e instintivamente nos refugiamos en la memoria, en el pasado: relatamos las cosas que hemos vivido y esto a algunos les interesa y les divierte, a la mayoría les aburre. Y reconozco que todos en nuestros años mozos hemos cometido estos fallos ante nuestros mayores con notoria insensibilidad. Cuando nos llega el momento es cuando caemos en la cuenta.

Sin embargo en mi caso particular recuerdo que en ocasiones me gustaba oír a los abuelos. Veo todavía al abuelo Adolfo, rubio y de piel rosada, con ojos azules, gallego, al que mi amiga María Baeza hubiera calificado de vikingo. Siempre venía del cine. Debía ser el primer cine de Madrid en la calle de Alcalá. Se conoce que para atraer a los primeros clientes les daban regalitos y el abuelo me traía a mí esas baratijas: unos pendientes, un broche, etc. Esta imagen va unida en mi memoria a la mesa del comedor cubierta

con un tapete de felpa verde. De la abuela conservo vivas sus reflexiones sobre mi carácter y mis caprichos. Mi desmesurada afición a jugar a “las monjas” y a contemplar los escaparates de las joyerías. ¡Curiosos contrastes! Sobre todo me encantaban –yo ya usaba gafas– unos impertinentes con montura de platino y jade vistos en la vitrina de Brooking.²⁰ El estuche de alhajas de la abuela ofrecía uno de mis pasatiempos favoritos. Los alfileres de corbata: el leoncito de oro con ojos de rubí, la cabeza de gato con ojos de esmeralda, la perla sola, perfecta, la pulsera con el “ojo de gato”, el aderezo de zafiros y brillantes, la sortija de ópalo, piedra de color lechoso que según muchos trae mala suerte. Y aquí me resulta inevitable saltar a México, a ese viaje en tren donde en cada estación, y eran muchas, subían los inditos a ofrecer puñados de piedras más o menos preciosas: ópalos, topacios, amatistas de distintos tonos, a peso el puñado. Otros traían unas grandes cañas huecas llenas de olorosas flores de gardenia tan abundantes en México y que en Madrid se pusieron de moda durante mi adolescencia como flor exótica y, naturalmente, carísima. Una caja de terciopelo negro con una gardenia impoluta y fragante era uno de los más valiosos obsequios que un galán podía ofrecer a su amada.

Durante la primera Guerra Mundial mi abuela, uruguaya, se declaró germanófila; mi padre, fiel a su apellido y a sus remotos antepasados provenzales, francófilo y sus discusiones me impresionaban mucho; ahora la política me deja fría: ¡cómo cambia con los años la importancia que le damos a las cosas! Si del 31 al 36 casi fui militante –siquiera de palabra–, ahora sería muy difícil alistarme salvo en los dos temas trascendentales que me quedan: Dios y la Poesía.

Por fin pasó mucho tiempo y hoy mi edad roza con la de los abuelos, con la de los padres. ¿Hay puntos de contacto entre ellos y yo? Tal vez las sensaciones sean las mismas, pero ellos no vivieron como nosotros; sobre todo no conocieron esta soledad de hoy, este sentir que los jóvenes se niegan a comprender, a compartir. Cuando a alguien le interesan las cosas que cuento, me siento feliz. Pero esto ocurre pocas veces. Sin embargo yo recuerdo con gusto conversaciones con los abuelos o incluso con aquellos parientes uruguayos y argentinos un poco míticos, pero que a veces aparecían de verdad. (108-115)

[1983]

Intuición repentina acerca de la vejez. Para mitigarla y suavizarla no hay más que dos remedios: sentirse acompañado, arropado por los amigos o la familia o al revés, tener uno a quién acompañar o arropar. Hay casos en que faltan las dos cosas. (117)

10 julio de 1983

“De tanto andar y amar salen los libros”

(Pablo Neruda, *Memorial de Isla Negra*)

Otro año y quiero empezarlo escribiendo, a ver si no resulta tan inútil como el pasado. Y en el principio fue el diluvio de letras y signos con sonidos balbucientes, algo cacofónicos, lentos. Una selva de voces donde surgía de pronto un árbol, una rama, hasta una flor sin nombre. (118)

26 de abril de 1987²¹. *“Hacia el final...”*

La película se esfuma y el último acto parece sentir el temblor del telón que va a bajar de un momento a otro. ¡Cuántos años de paz en los que no existía el miedo, en los que se aceptaba la vida a veces con gozo, otras con esperanza o también con indiferencia...! Ahora todo empieza a ser distinto. Desde hace días se insinúa un nuevo sentimiento. Hay todavía ilusiones: pocas. Pongamos tres. Pero junto a ellas surge el temor de que no se cumplan, simplemente porque falta tiempo. ¡Si “El aire azul de Madrid” no llegara a publicarse!²² ¡Sería tan maravilloso que J. J. viera juntos, por fin, desde su cielo, esos poemas que Dios le dictó en medio de su soledad y su nostalgia de España! ¡Qué luz habrá el día en que yo pueda tener en la mano un ejemplar del libro! Tendrán que pasar unos meses. Y al hablar de esto me vienen a la memoria todos los poemas que van a componer el libro. Los sonetos (aquel primero de la serie que me leyó en el cuarto de baño mientras se afeitaba). La alegría de esa lectura por todo lo que significaba... aunque ese no era sobre Madrid; era más hondo y no era nostálgico; sí lo era, pero no de Madrid, sino de Dios. Si todo se acaba es porque Dios quiere que se acabe; entonces todo está bien. (354-55)

15 agosto de 1987

¿Hay que volver a escribir? Sí, pero escribir ¿qué? Este cuaderno tan gordo lo compré para algo hace unos meses, ahí lo dice, pero se me quitaron las ganas. Diarios, memorias, ¿qué? ¿Memorias, recuerdos? (353)

4 de julio de 1989

Sansón y Dalila. “Aprile foriero”. Qué raro suena hoy... ¿es el Liceo, es la soprano? Creo que la orquesta es la que suena distinta... Sansón en el Real tantas veces, en México por radio también desde Barcelona... suena a trampa por muy directa que sea la transmisión. Esos aplausos, ¿para quién? Suenan a [ilegible].

Salón de Villamejor. Mamá tomando clase de canto con el Prof. Anduaga, que era viejo y cojo. El profesor diciendo: “con el permiso de su marido vamos a cantar el dúo de Sansón y Dalila”. Y cuando venía a cenar aquel matrimonio de la embajada del Brasil o Portugal y ella cantaba también. Las dos señoras cantaban. Nosotros, los niños, jugábamos los cuatro en el cuarto de jugar, al fondo del pasillo. Me suena mejor el 2.º acto; eso era lo que mamá cantaba con el profesor y cómo nos divertíamos los chicos atisbando desde lejos esas cenas que intentaban ser chic, como se decía entonces... (244-45)

25 de julio de 1989

25 de julio, ¿de cuándo? Las grandes flores de las malvas reales han sido cortadas y puestas en la chimenea de campana del comedor. ¿Ya no hay malvas reales? Hace tiempo que no las veo. Ese año fue la *miss*²³ de turno la que las puso en el comedor. ¡Santo de Jaime! Vino la banda de guitarras y bandurrias del pueblo. ¡Qué bien sonaba siempre! ¡Y me sigue sonando, aunque no la oiga! ¿Hay alguna música más real que las que se siguen oyendo toda la vida, aunque en realidad ya nadie las toque y aunque ya estemos sordos? Música de dentro, inmortal, nuestra, más nuestra que su compositor si es que lo tuvo.

Y la enorme decepción de hace pocos 25. ¿Qué fue más fuerte, la decepción o la ilusión? Es curioso, pero la ilusión es casi siempre más intensa, aun a través de los años... (242-43)

29 julio [de 1989]²⁴

Qué fuerza podría dominar este calor que nos extrae la savia, la fuerza, la energía. Y este estar sin hacer nada no es, no puede ser inútil. Se siente que se almacena algo, que se recibe algo, que se derrama algo. ¿A dónde va todo esto? ¿A quién? (243)

2 de enero de 1990

Comienzo de año casi en vacío. La radio con las pilas más caras puestas hace tres días no funciona. La otra está a arreglar. La chica se ha ido con gripe. El teléfono no ha sonado ni una vez. El gozo del [ilegible] aunque estaba sola se esfumó. Por suerte pude hablar con Luz María.²⁵ Ni B. ni C. contestaban y no quiero estar triste.²⁶ Me gustaría ser nueva como el año. ¡Pero qué difícil!

¡El libro de Ana Sastre!,²⁷ qué vuelta hacia algo maravilloso que tenía perdido, desvanecido, no sé por qué. ¿Tendré tiempo aún de resucitarlo? (234-35)

1 de enero de 1991

Empezar el año escribiendo. No sé qué voy a decir, pero lo necesito. El 90 ha sido largo, interminable y el sueño de escribir es el único que me llena de

gozo. Poesía, prosa, lo que Dios quiera. Sacudir el vacío y ver lo que escribo. Ojalá acierte. (33)

Fragmentos de memorias

[1977]²⁹ “*Las sábanas de Motilla*”²⁸

El autobús no iba deprisa, pero todo el mundo tenía miedo. Un miedo gelatinoso, viscoso, que resbalaba sin ruido por los cuerpos y se trasfundía después en ellos formando en la garganta y el estómago bolas difíciles de deglutir. ¿Cuántos éramos en aquel [ilegible] atestado que se alejaba de Madrid sin atreverse a correr y con el pánico a ser detenido? El director de orquesta y su mujer silenciosos, tímidos, con expresión de no darse cuenta de por qué estaban allí. El crítico de arte con las pupilas aún llenas de impresionismo cuyos colores se le salían por los ojos pugnando por sumarse a algún jirón de paisaje recorrido. La mujer esforzada y audaz [ilegible] líricamente del camino y calmaba el hambre atrasada del hijo mimado con algún bocadillo de jamón inclusero. —¡Mamá esto es chicle!— exclamaba el grandullón al morder el pan húmedo y correoso. Íbamos a Valencia, ¿pero llegaríamos? Se hablaba de otras ciudades donde algunos huían y se iban quedando. Tarancón,³⁰ la FAI.³¹ Alguien fue obligado a volver a Madrid. (55-56)

[1977] “*Diario sin fechas*”

Toda la vida es paisaje. Cuando conseguimos estirar ese vagido poco fiable que es la memoria, los recuerdos vivos o confusos, precisos o vagos cuajan siempre en el paisaje. Una especie de cuadro con su luz y sus colores propios e incluso sus personajes. (240)

[1977] “*Memorias desmemoriadas*”

Vitoria era entonces una ciudad levítica —según cuenta la gente—, con muchas iglesias, infinidad de campanarios armoniosamente puntuales a sus horas. Frailes y monjas, siempre de dos en dos, cruzaban las calles con despacioso andar. Llovía todo el tiempo. Esta es una visión indirecta, remota de la ciudad donde nació. Sería el mes de julio pero no creo que el calor fuera grande. La lluvia frecuente aplacaba los excesos del sol. Empecé a crecer en Madrid y empecé a soñar en Madrid también. Pero aún después volví a Vitoria y de entonces sí tengo recuerdos. La desmemoria de mi memoria es como la de un pintor que no traza bocetos ni usa modelos, pero va sacando del almacén de su cabeza imágenes desvaídas que la imaginación reconstruye,

abrillanta o borra. Veo la fachada de una gran casa cuyos grandes balcones están sostenidos por cariátides y que recibió por esa razón el apodo de Casa de las Jaquecas. Me dijeron que yo había nacido allí. Pero ese otro verano habitábamos una villa con jardín que en la parte del huerto abundaba en manzanos cuyos frutos verdes eran objeto de nuestros golosos ataques. Qué bien saben las manzanas verdes húmedas de lluvia pese a la amenaza de la dentera. Mi hermano y yo las atacábamos sin piedad a pesar de todas las prohibiciones.

Una Mademoiselle provenzal que con sus maletas estrepitosas y sus enormes pamelas adornadas con cintas colgantes de terciopelo y ramos de cerezas artificiales hacía honor a la proverbial exuberancia de su patria chica, cuidaba de nosotros y algo nos debía enseñar, aunque su francés del Midi era peor que el nuestro.

Por fin llegó la hermanita que habíamos ido a esperar a Vitoria y hubo un gran bautizo al que asistieron unos tíos llegados de América y alguna amiga de nuestra madre y también un tío pintor uruguayo con el que recuerdo tenía largas conversaciones. La hermanita nació muy gordita y por eso me contaron que en vez de venir de París en un cajón lleno de rosas o de claveles, como nuestro hermanito, había venido acompañada de rollizos pollos. Pese a las costumbres de nuestra época, nuestra madre recibió a sus invitados el día del bautizo y recuerdo mi admiración ante su vestido de encaje negro y lentejuelas. Tampoco he olvidado la regañina de mi padre por haber exclamado ante el tío uruguayo que nos íbamos a atracar de pastas y pasteles...

Entre nuestras tardes por el paseo de la Senda, una nota triste. Un desfile de carrozas con gente enlutada pidiendo para las víctimas del Titanic, aquel barco hundido que dejó tantos huérfanos. Mujeres cubiertas de largos crespones sostenían una gran sábana donde iban cayendo las limosnas.

El nacimiento de nuestra hermana menor le dio cuerpo a Vitoria en mi mente. Así que ahora es para mí una ciudad triple. Una ciudad trilliza, aunque la tercera sólo la conozco aún por un libro de bellas fotografías que me mandó el alcalde hace pocos años y por una amable invitación que no he tenido aún la posibilidad de aceptar. (241-46)

[1983]³²

¿Qué se puede contar de una infancia llena de libros, rodeada de libros, impregnada, formada por los libros? Cierro los ojos concentrando mi memoria en mis siete, seis, cinco años y sólo veo encuadernaciones, tapas, títulos. Había una especie de abecedario en francés con letras, sílabas y frases muy curiosas que me hacía pensar: “Ma mère laverá ma robe samedi”. ¿Por qué lavaría mi madre mi vestido el sábado? Y hoy esa frase tonta me lleva muy

lejos, y más cerca también. Primero a aquellos domingos tristes en que había que divertirse a la fuerza con otras niñas de las que me cansaba en seguida. Más tarde a los domingos del Museo del Prado, menos multitudinarios que ahora, más acompañados para mí cuando el Cristo de Goya estaba solo en un pequeño gabinete. Pero, volviendo a las lecturas, eran sobre todo la Biblioteca Rosa con sus tapas rosas de letras doradas, sus niñas buenas y en primer lugar para mí los cuentos de hadas ilustrados con estampas que me hacían soñar. Todas las hadas se envolvían en gasas y tules vaporosos y las niñas buenas llevaban unos pantaloncitos con volantes que asomaban por debajo de las amplias faldas. Salgari o Julio Verne no eran divertidos. Pero sí los libros prohibidos del “cuarto oscuro” y sobre todo las poesías que nos hacían leer y aprender de memoria las institutrices francesas o inglesas. Lamartine, el inevitable Hugo, Musset, Vigny; ¡cuántas horas declamando para las familias e incluso para las visitas y el estímulo paterno insinuando las posibilidades de estudiar en el Conservatorio de París!

Las lecturas sentimentales me dejaban huella, aun novelas inglesas como *Mujercitas*, etc., pero nunca tanto como la poesía francesa y luego los románticos ingleses Shelley, Keats, Browning y esas Nursery Rhymes, esos versillos populares, irónicos, divertidos. Libros leídos en la Castellana, en medio de juegos en los que no sabía participar o en un rincón del Retiro o en el tranvía o simplemente andando con grave riesgo de mi integridad personal. A estas alturas y en un amplio vistazo a tantos años, entre la maraña de los recuerdos, junto a hechos importantes surgen libros de los que siempre queda algo: esencias, personajes, nombres y por lo menos títulos. Pero las impresiones debidas a las lecturas cambian con el tiempo. Lo que nos hizo llorar a los quince nos hace sonreír a los setenta. Lo que se nos antojó pecaminoso y leímos a hurtadillas por culpa del ambiente que le hacían las personas mayores, nos parece hoy ingenuo y hasta tonto.

La época de la novela rosa fue larga, Maryan, Marlitt, Dehli, Guy de Chante Poile, etc.³³ En España no había entonces una colección tan abundante. Más tarde aparecieron Pérez y Pérez, Corín Tellado, etc.³⁴ Lo de Carmen Icaza, bellísima y valiente, fue un caso esporádico. Su posición social y su atractivo contribuyeron en sumo grado al éxito de su *Cristina Guzmán, profesora de idiomas* que se publicó en *Blanco y Negro* y pasó después al cine.³⁵ *Cristina* y *Las bodas del duque Kurt* hicieron soñar a una multitud de chicas españolas imbuidas aún de las prédicas ñoñas y poco esclarecedoras de muchos colegios de monjas. Lo malo es que las restricciones nimias no eran compensadas con la visión de los horizontes ilimitados y tan atrayentes que nos abren los místicos. Sobre ellos me lancé yo en un impulso arrebatado proporcionándome instantes de un alcance inmenso. La primera lectura de

santa Teresa, san Juan de la Cruz, los maravillosos místicos alemanes, me produjo un deslumbramiento vago, sin impresiones concretas todavía, sin comprender. No. Más bien intuir, adivinar. Presentir que ahí se ocultaba algo importante, cuya trascendencia iría apareciendo al discurrir los años a través de innumerables y alucinadas lecturas. Mientras tanto y por el momento quedaron unos nombres; los que acabo de mencionar y también S. Gertrudis, las dos Matildes, de Magdeburgo y de Hackeborn, Ruysbroeck el Admirable, el Maestro Eckhart, Enrique de Suso.³⁶ (1-5)

[1983]

¿Por qué aparece el primer poema? ¿Mimetismo tal vez? Yo creo que el primer poema y el primer amor deben parecerse mucho y dudo de la sinceridad absoluta de ambos. Cuando la primera madurez se retrasa se siente necesidad de aquello que los demás sienten. Amar porque parece que los otros se aman. Escribir porque si se es una persona libresca se admira a los que escriben. Plagando un poco a Amado Nervo, yo diría amar, soñar, escribir acaso. Si esto es así, ¿por qué esas largas pausas sin poder escribir ni siquiera cartas? Hasta años enteros perdidos. Y ahora, ya cerca del fin, ¿volver a coger la pluma aún con la sensación de que a nadie le interesa lo que escribo? Pero algo muy dentro me dice que esta es mi salvación. No puedo seguir en este horrible marasmo, escribir, ¿recordar? (7-8)

[1983]

Mi primer libro en el 26. Mal efecto entre las amistades de entonces. Bachillera fue uno de los calificativos que me otorgaron. Hacía tiempo que me sentía distinta, sensación muy desagradable, aunque muchas personas piensen lo contrario. Desde mi amor por los libros me sentía diferente. Era muy molesto, pero después de publicar *En silencio* la cosa aumentó. No se me olvida el comentario del muchacho que en una reunión de gente joven me espetó de pronto: “No juegas al bridge, no bailas, entonces ¿para qué sirves?” Tampoco era coqueta. Me gustaba gustar, claro, pero de otra manera... un romanticismo muy literario invadía mi vida desde siempre. Lo de fuera me parecía poco importante y a mi lado pasaban muchas cosas que yo veía sin realmente verlas, sin captarlas en absoluto. El amor, la Poesía eran la misma cosa. Algo puro, limpio, perfecto, casi sin relación con la vida cotidiana, que se me antojaba un poco despreciable. El famoso y manoseado verso de Rubén: “La libélula vaga de una vaga ilusión”, describe de modo perfecto y con la vaguedad indispensable mi estado de ánimo en aquella época.³⁷ La frasecita es cursi, pero lo cursi cuando pasa la racha y se mira hacia atrás conserva cierto atractivo. Me encantaba leer en alta voz, declamar cosas mías y de otros. Aquellos paseos por los

jardines de La Granja con María Teresa Roca de Togores,³⁸ a veces mi hermano J.³⁹ recitando “La marquesa Eulalia” de Rubén, cosas de Villaespesa, y... los primeros versos de Agustín de Foxá.⁴⁰ (11-13)

[1983] “*Los Veraneos*”

El primer veraneo que recuerdo –entonces no se llamaban vacaciones– fue junto al mar. En Ciboure, playa de S. Juan de Luz, una playa pequeña, medio vacía, donde me metía en el agua un bañero alto, fornido, pelirrojo y me hacía saltar las olas para que no me cubrieran. Yo debía tener unos cinco años. Eso de saltar las olas era divertidísimo. En cambio a mi hermano, que era más pequeño, el bañero lo cogía en brazos y lo mojaba un ratito nada más. Las señoras usaban entonces trajes de baño de dos piezas azul marino, hechos con una especie de lanita, con su ancla bordada en el pecho. Gritaban al notar el frío del agua y daban unos saltitos muy graciosos.

Veraneos de París que empezaban en mayo y donde hicimos nuestros primeros estudios de inglés con una institutriz irlandesa; la llamábamos “Miss Quickly” porque todo lo quería deprisa; “deprisa” es su traducción inglesa. Como en el mismo hotel que nosotros había una familia húngara con unos niños muy simpáticos que apenas hablaban francés, nuestros juegos en una especie de patio-jardín nos sirvieron para practicar nuestras primeras palabras inglesas. Yo no sé si ahora los niños ejercitan la imaginación en sus juegos como hacíamos nosotros. Los enfermos, los médicos, los viajes de exploración y aventuras, las misas y las ceremonias religiosas en altares inventados nos entretenían muchísimo. Los juegos de salón eran pocos: la Oca, las Damas, adivinanzas y charadas,⁴¹ el matarile, justicias y ladrones y el corro para las niñas, completaban el cuadro. La inteligencia se nos despertaba sola al ritmo de esas palabras mágicas: “Vamos a figurarnos que...”. Ahí cabía todo. Y daba lo mismo estar en un hotel francés, que en el Retiro o la Castellana. Nuestros trasatlánticos, nuestro Simplon-Orient Express,⁴² nuestros *auto-chevillé* atravesaban igual el barrio de Salamanca que los mares y los desiertos. “Vamos a figurarnos que...”. Ahora, pasado mucho más de medio siglo después de aquellos inocentes escauceos, daría cualquier cosa por recobrar la facultad de “figurarme que...” y de hacérselo figurar a los demás. Seríamos todos mucho más felices. Tal vez por eso me gustaba tanto jugar al corro. En El Escorial, en La Lonja, al atardecer resultaba melancólico y bonito cantar “¿Dónde vas Alfonso XII?”, “Yo soy la viudita del Conde Laurel” o bien en francés “Nous n’irons plus au bois, les lauriers sont coupés”, etc. Otros pueblos y ciudades franceses fueron marco de nuestros veraneos. Los Pirineos sobre todo. [Ilegible], Luchon, Gavarnie, Saint-Sauveur, con la imagen de una vieja hilandera a cuya casa íbamos casi a diario a comprar un

huevo fresco para nuestra hermana pequeña, demasiado pequeña para la comida de un hotel bastante primitivo. El establecimiento, que se anunciaba como muy confortable, carecía hasta de cuartos de baño y mandaba a sus huéspedes a los baños de enfrente, al otro lado de la plaza. Por allí cerca había un puente Napoleón sobre una maravillosa cascada. Daba vértigo inclinarse sobre ella. En la parroquia había los domingos una Misa Mayor —de tres curas— de esas que ya no se cantan, al menos que yo sepa. Ayudaban a los sacerdotes un sinnúmero de monaguillos que se sentaban tras ellos en unos taburetes frente al Altar Mayor. (23-27)

[1983] “*Vitoria*”

Nací allí un verano y no volví hasta otro verano en que nació allí también mi hermana menor. De entonces sí me quedan recuerdos de una ciudad triste con monjas y frailes por las calles. Campanas. Un chalet con un huerto lleno de manzanas verdes que me encantaba comer. La tía de Buenos Aires. El tío uruguayo pintor. La abuela. El bautizo de la hermana que según me contaron vino como todos los niños de París, pero en un cajón lleno de flores. El de mi hermano traía claveles. El mío rosas. El de mi otra hermana nada por no sé qué luto. La *mademoiselle* de aquel verano, Mlle. Robert, era provenzal: me parece que era de La Favière, al lado de Champourcin. Cursi como suelen ser los franceses de medio pelo, llevaba grandes pamelas de paja con ramos de cerezas y cintas colgantes de terciopelo. Nos llevaba al Paseo de la Senda. Nos contaba el naufragio del Titanic, que una carroza desde la que se pedía una limosna recordaba. Alguien me enseñó la casa donde yo había nacido. La Casa de las Jaquecas (llamada así por las cariátides que sostenían los balcones), bien llamada según mi padre por las jaquecas que yo le daba. (27-29)

[1983] “*La Guerra*”

El 18 de julio del 36 aún estábamos en Madrid. Mi hermano Jaime guardaba cama por una dolencia en el pie después de una agitada temporada de misteriosa actividad custodiando con otros amigos, según decía, la parroquia de la Concepción. Por lo visto tenían armas y tenían no sé qué. Por su enfermedad no nos habíamos ido a La Granja como de costumbre. Se hablaba de un “movimiento”, de conspiraciones, etc. Se hablaba mucho de partidos políticos (Barcia, Velasco, [ilegible], Lerroux, Gil Robles, Casares Quiroga, etc.).⁴³ Inquietud, nervios, y en ciertos círculos, indignación contra los que no nos oponíamos al Gobierno legítimo, que era naturalmente el de la República. La agresividad general se fue contagiando a todos los españoles. Nos fuimos sintiendo condicionados de un lado o de otro y nos exasperábamos mutuamente. A 56 años de distancia el panorama se aclara y se confunde; [ilegible]

y no vemos. Desgraciadamente nuestra visión –al menos la mía– sigue siendo parcial. Aunque dispongamos de testigos de España toda, ¿quién en realidad la ha visto, mejor dicho, la ha vivido entera entonces?

Al principio se hablaba de una sublevación en África, luego de los militares de una u otra región. Como vivíamos en Barquillo esquina a Gravina, o sea al lado de la Casa del Pueblo, el alboroto allí era enorme. La Internacional y la Joven Guardia sonaban todo el día.⁴⁴ Y la música, fuera de toda política, me gustaba. Esos primeros días nadie sabíamos con claridad cuál era nuestro sitio. Después de todo el Gobierno Republicano era en esos momentos el gobierno legítimo elegido por la voluntad popular. Lo curioso es que los militares rebeldes, o sea sublevados, ganaron en seguida la admiración y el apoyo de la llamada gente de orden y el país se dividió en dos frentes, no sólo por distribución geográfica de las fuerzas opuestas, sino también por inclinación política. Madrid se convirtió rápidamente en un infierno; un hervidero de calumnias, crímenes, de despropósitos. (53-55)

[1983] “México”

Las maravillosas iglesias coloniales La Profesa, S. Fernando, etc. y sobre todo las de Veracruz en aquella playa deliciosa: restaurada, invitadora para los turistas también y que fue un hito, una etapa muy especial de mi vida. Pero quisiera describir el lugar cuando yo lo conocí a poco de llegar a México. El centro era un cuadro de contrastes. La avenida Juárez con sus grandes hoteles, sus restaurantes [*sic*] más o menos americanizados y enfrente, detrás de la antaño elegante y concurrida Alameda, estaba como escondida la preciosa plaza con sus dos iglesias y las curiosas tiendas de coronas fúnebres, unas coronas más fúnebres que ninguna, con sus típicos adornos, y otras preciosas por ser de gardenias con su característica y penetrante fragancia. Detrás de las dos iglesias un mundo de calles y callejones con vecindades inmensas, oscuras, con galerías que daban a un patio grande con varios lavaderos y los servicios de todo el edificio en medio. (77)

[1989-1991]⁴⁵

En un principio fueron las hadas... Poco tenían que ver con aquellas hadas de la condesa de Ségur (*née* Rostopchin) o con las de Mme d'Aulnoy.⁴⁶ Tampoco se parecían a las minúsculas haditas amigas de Peter Pan. Pero todo cuento o historia que se respete empieza con hadas –a veces por desgracia con brujas– y la tradición es algo sagrado, preciso, lleno de atractivos, maleficios y encantos. Entonces lo bueno venía de París. Los niños obedientes, las institutrices francesas y en épocas menos prósperas las seños hispanas que chapurreaban algo el idioma galo y aspiraban a un novio de cualquier clase

que fuera. En el principio la fantasía. La imaginación, el lujo, las paradas interminables ante los escaparates de las joyerías y esos impertinentes de jade y oro para delicia de los miopes. También el abigarrado desfile de Misses y Mademoiselles. La Mmlle., tal vez la más simpática de todas, Mmlle. Berthe, que bordaba preciosos alfileros de batista con forro color de rosa y que un día me dio un gran disgusto poniendo a secar sobre las manos de mi querida Virgen de Lourdes un sombrero de paja que había teñido de negro. Y Mmlle. Robert que llegó de su aldea provenzal con su gran pamelita adornada de cerezas artificiales y largas cintas de terciopelo negro. Pero no faltó una linda alemana, rubia y de ojos azules que se ofendió porque nuestros padres no le presentaron muchachos y ella lo que buscaba en España era un novio. Las irlandesas eran otro cantar. Nos enseñaban un inglés muy deficiente y el día de san Patricio no dejaban de pasearse con su ramita de “trifolio”, especie de trébol (*shamrock*), en el ojal. Aunque en esos tiempos —ocho, seis años, etc.— las palabras amor, matrimonio, noviazgo, nos decían pocas cosas, la historia de Mmlle. Berthe nos puso algo tristes porque al curiosear conversaciones supimos que sus parientes de Francia la habían casado por correspondencia y cuando nos invitó a merendar en su casa de París, ni la estupenda merienda con crema de chocolate y pasteles pudo consolarnos. Las largas estancias en Francia —Pirineos, Béarn— han quedado en nuestra memoria como grabados, acuarelas o fotografías vivientes.

Los niños húngaros del Hotel Beemlieu [sic], en la rue Balzac de la capital francesa, no hablaban español, francés ni inglés, pero eran muy simpáticos. No sé cómo nos entendíamos. En un rincón del patio-jardín yacían unos grandes montones de hojas podridas que por lo visto el jardinero solía usar a modo de abono o mantillo y nosotros jugábamos a que aquello era una pastelería en la que se compraban los más exquisitos manjares. ¿Y la mamá de los húngaros? ¡Era guapísima y no se me ha olvidado aún esa masa de trenzas brillantes entrecruzadas que ponían en su cabeza una especie de casco reluciente!

París, museos, parques. ¿Era tan extraordinaria realmente la Venus de Milo o me gustaba más el guiñol de las Tullerías? ¿Qué secreto encanto tenía la capilla española de la Av. Raspail con sus vísperas solemnes cantadas en gregoriano? ¡Qué frialdad ahora la de esas liturgias progresistas que ninguna canción acompaña! Liturgia también de los libros viejos a orillas del Sena con sus nombres conocidos o semiconocidos, sus tapas sobadas, deslumbrando en ocasiones por sus inauditas promesas. De pronto *Les Contrerimes* con su estela marítima y la sorpresa de encontrar en Sète su tumba a orillas del mar.⁴⁷ Celebramos el feliz encuentro con un ramillete de flores casi desnudas de flor de aroma y de colores. Paul Jean Toulet, su lengua marinera y sobre todo la emoción de hallar un poeta inesperado y mal conocido. ¿Sería acaso la época en la

que nuestro impulso por lo bello iba madurando y hacíamos locuras por conseguir un volumen del *Diario* de Marie Bashkirtseff, la prosa soñadora y las reflexiones austeras de la inteligente casi sorda y ciega Marie Lenèru?⁴⁸

Y en Madrid ya, las pequeñas tertulias en torno de estos nombres y el descubrimiento de algún nombre político ¿a cuya amistad se le pudo llamar amor?⁴⁹ En la sepultura de Passy, el gran cuadro sin terminar que aspiraba a una gloria mundana.⁵⁰ Imágenes también del encuadernador de Ávila –Jan Carato, artesano y algo hosco–, de las reuniones en donde saltaban nombres cuyos apellidos prefiero suprimir. Milagros, Isabel, Marisa, Teresa, Margarita, el P. Donosti que le puso música a S. Francisco de Gheón, traducido del francés por nuestro amigo Cipriano, borracho de amor al teatro.⁵¹ Títulos de libros, autores, y de pronto interpretaciones personales que se nos contagiaban de unas a otras. Como aquella época en que la conversación alocada y más bien *a bâtons rompus* era interrumpida por unas líneas del capítulo v de la *Imitación de Cristo* sobre el amor, maravilloso capítulo que cualquiera era capaz de recitar apasionadamente desde cualquier punto, de memoria. Echando un vistazo a tantos años y tan diferentes etapas sería fácil rehacer una autobiografía, varias historias entremezcladas si la memoria a veces de una resistencia inaudita no resultara al cabo de los años algo tan frágil y quebradizo y sobre todo tan susceptible de perder pie o naufragar en sí misma. “Gran cosa es el amor, gran bien sobre toda cosa. Él solo hace ligero todo lo pasado y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga, hace dulce y sabrosa toda cosa amarga. [...] No hay cosa más dulce que el amor, ni más cierta, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra. Porque el amor nació de Dios y no puede holgar sobre todo lo citado, sino en ese mismo Dios. El que ama vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido, todas cosas da por el todo y tiene todas las cosas en todas, porque huelga en un bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien”.⁵²

Y en todo este tiempo la poesía ya había empezado a ser como una especie de persona, algo viviente que salía de súbito: a veces con forma, otras sin ella, que podía posarse en las manos, en las sienes, o entrar por los ojos con uno o varios dolores. Poesía y pintura como seres insólitos, pero ciertos, que iban abriendo nuevos caminos, señalando hitos, puntos de partida; los de llegada en muy pocas ocasiones. Porque en este vidrioso y móvil terreno, ¿qué es llegar? Si es difícil tener la seguridad de que se ha llegado al amor, más arduo resulta aún afirmar que se viene, que se encuentra, que se capta la poesía. Una y otra son palabras, voces, gestos. (1-8)

Madrid, 17 de junio de 1987

“1939. De cómo un traje de noche barato se quedó en la cala del ‘Flandre’ sobre la tapa de un baúl húmedo”

Fue el último día en París. ¿Cómo embarcar en un viejo buque de la Transatlántica francesa y en cabina de primera sin llevar siquiera un vestido largo? Y con muy poco dinero y en las Galerías Lafayette compré un vestido de rayon negro con unas discretas incrustaciones de tul. Peinada y con las arracadas de falsos diamantes descubiertas en un anticuario de la calle del Prado en Madrid no resultaba yo mal. El “mundo”⁵³ no cabía en el camarote y cuando la cena era de campanillas había que bajar con el atuendo de gala. Y por lo visto la última vez debió quedar fuera del baúl y no volví a verlo. Aquella noche en que lo estrené, las americanas pedían siempre a la orquesta que tocara el Lambeth Walk, una especie de baile paseo compuesto para que Mrs. Roosevelt (D.^a Leonor), mujer del entonces presidente y que padecía no sé qué impedimento, pudiera bailar. Esa danza, el vestido de marras y el baúl se me mezclan ahora con el recuerdo de las auténticas crepes bretonas enormes, delgadas y redondas, que se podían comer con picadillo, pollo, guiso, mermelada o cacao. El barco crujió a más y mejor porque había estado en la Primera Guerra Mundial, pero me cuentan que murió en la Segunda. Eso sí, el servicio era francés, el cocinero estupendo, cinco comidas diarias y los primeros tiempos invitábamos a la “merienda de las once” a los amigos que venían en intermedia y tercera, a los que mataban de hambre. Los amigos eran: la familia Giral, la familia Barnés, los Tapia, varios generales, Dr. Veneranda Manzano, los Marayla, etc.⁵⁴ Pero un buen día M. *le capitain* se encaró con J. J. y dijo que estaba prohibido pasar de una clase a otra. Hicimos escala en Cuba y estalló la gran tragedia. La mayor parte del pasaje de primera estaba constituido por judíos que huían de los nazis. Aunque todos llevaban documentos y dinero, las autoridades les prohibieron la entrada en La Habana. Sólo bajamos algunos españoles y no se me olvidan los llantos de los niños y las caras de sus padres forzados a volver... no sabían a dónde... En el barco de al lado, procedente de Hamburgo, se había suicidado un pasajero. Llegué a tierra con las manos llenas de cartas para los parientes que aguardaban en el muelle a los suyos. Cuando alguien de los que como nosotros arribaron a buen puerto se empeña en describir el drama del exilio, yo me apresuro a dar gracias a Dios y contarle mis impresiones personales y las de esos otros infelices. Marinello, N. Guillén, etc. vinieron a saludarnos al barco.⁵⁵ Las cubanas andaban a pasitos cortos, como pájaros grandes. En La Florida, ¡qué helado de guanábana, delicioso! Y el arroz con pollo de “La Zaragozana”. ¡Siempre los restaurantes [*sic*] españoles a la vista! “C’est beau comme port”, decía el

capitán del Flandre cuando llegamos a La Habana. Precioso, pero después todo se puso triste, ya lo he contado. (13-15)

18 julio de 1987 “¡36!”

Qué día de noticias y rumores en Madrid. Deberíamos haber estado en La Granja. Dos imágenes de esos días: Jaime en la cama con un pie mal por la esgrima. Jaime yendo armado a hacer guardia en la parroquia de la Concepción. Confusión de realidades y fechas. ¿Cuándo? ¿Por qué? La Casa del Pueblo al lado de nuestra casa en la calle Gravina. En medio de tantos horrores, ¿por qué sonaban bien La Internacional y La Joven Guardia? ¿Era acaso porque se destacaban las voces frescas de los que no entendían bien lo que pasaba? Mejor que no lo entendieran. (15-16)

18 julio de 1987 “El otro paisaje (1939)”

Y antes de cruzar el mar, primero otro paisaje. Mejor dicho otros. España todavía. Perelada: sus payeses; la plaza del pueblo. Yo diciéndole al Dr. Pascual:⁵⁶ “Nos van a venir bien unos días de campo” y él, serio: “Nos vamos para siempre”. En casa de aquellos payeses, primeras comidas sustanciosas después de las hambres intermitentes de Valencia y Barcelona.⁵⁷ Las hojas de col rellena de picadillo... los fríjoles... Las cenas en el Castillo con el matrimonio Azaña. Las preguntas sin respuesta:

—¿Qué hace Negrín?

—¿Ya están en Barcelona?

Falsos partes de radio. Silencio.

—¿Qué ha pasado con los cuadros del Museo del Prado?

¿En qué mes estamos? Tal vez febrero, la chimenea está encendida. De día J. J. cogía un coche del séquito de A. y con dos milicianos que tenían miedo de sus respectivas carabinas, que a veces se disparaban solas, escapaba a Figueras, donde el ministerio de Estado o Asuntos Exteriores se había instalado en la plaza.⁵⁸ J. J. se había propuesto que nadie de la familia⁵⁹ fuera a un campo de concentración de esos vigilados por los senegaleses.⁶⁰ A. regañó a J. J. por el peligro que eso suponía y por la escasez de coches. Pero, como siempre, se salió con la suya y nos consiguió pasaportes diplomáticos a todos, mientras ciertos generales cayeron con sus familias en los temidos campos.

De pronto A. llamó a J. J. para decirle que se iba a Francia y que nosotros, como éramos muchos, ocuparíamos una ambulancia y pasaríamos la noche en una casa que él había reservado en La Jan.⁶¹ Encontramos la casa llena de desconocidos. Niños llorones y [ilegible] por la larga estancia sin abrigo en las cunetas de las carreteras. Dormimos en mecedoras. Las madres salían de la casa a hurgar en los baúles [ilegible]. Fuimos tirando libros para dejar hue-

cos en el coche. Íbamos a Le Boulou y llegamos a tiempo para colaborar en hacer una enorme [ilegible] de croquetas. Por cierto que en Le Pertus, otro pueblo fronterizo, una calle francesa y otra española, de pronto vimos a Max Aub y le preguntamos a dónde iba. –A Madrid– dijo muy decidido. Nos sonreímos y pasados unos meses le encontramos en México.⁶² Yo en mi interior sentía el impulso de seguir adelante. ¿A dónde? Volver atrás me parecía imposible, absurdo. Ir hacia delante: sin razonar, algo me decía que eso era lo lógico. Pero ¿había algo de lógica en todo lo que nos estaba pasando? ¿Y era la lógica importante en todo lo que nos estaba pasando en esos momentos? Sin embargo, ¿cómo olvidar –aún en España– de Perelada a la Junquera los niños llorando, muriéndose, las madres abriendo los baúles para cambiarles la ropita y ese caballo muerto del que no habían dejado más que los huesos? Qué contraste estos días en la prensa (verano 87), crónicas sobre el verano en el Casino de Perelada, las fiestas, el Museo, etc.

En Le Boulou todavía, los comentarios y sobremesas con los campesinos acomodados que nos hospedaban. La mujer sorprendida porque muchos españoles vendían allí los productos de los almacenes asaltados por ellos en la frontera. Latas de leche condensada [ilegible] y los que traían aún algunos duros los daban por una barra de pan francés. Allí oí hablar por primera vez de la Barcelonetta, pueblo provenzal cuyos habitantes se habían enriquecido en México (los Arnand, los Robert) y, en vista del origen provenzal remoto de mi familia, me profetizaban mi enriquecimiento seguro en México. Felizmente nunca me lo creí... si no qué decepción ahora en Madrid, cuando mi tranquilidad depende de mi-nuestra-correspondencia literaria (es decir, de unas cartas que hoy han adquirido cierto valor para los coleccionistas, qué gracia me hacen aquellas profecías...).⁶³ Después de Le Boulou, Perpignan y Toulouse. El taxista que nos llevó quiso que visitáramos Carcassonne, pero la familia no quiso. (1987-91, 21-26)

[1987-1991]⁶⁴

Todos los poetas se asoman al mundo, por una ventana, un ventanal, una terraza o un mirador. Aun los más herméticos, los más soñadores, los más introvertidos no soportan el encierro absoluto, total, en sí mismos. ¿Por dónde se asomaba J. R.⁶⁵ a sus paisajes, a sus dos libros principales? El tema es precioso y abre un horizonte inmenso de sugerencias estremecedoras. Los ojos de un pintor, las ventanas de un poeta, ¿no son acaso la misma cosa? “Por el balcón trocado se entraba el jardín verde”. J. R. J., *Laberinto II*, “Adolescencia”. Balcones, ventanas, marcos que la vida pone a tantas horas, a tantos momentos. (269)

Junio de 1989 “La Caja de las Rosas”

¿Qué es realmente una caja? ¿Qué puede contener? ¿Hasta qué punto está llena o vacía? ¿Cuál es el valor de lo que contiene? ¿De qué o de quién depende ese valor? Nuestro título es cursi si lo tomamos literalmente, si lo reducimos a unas palabras que, sin embargo, le dicen a cada uno algo distinto. ¿Qué es después de todo una rosa? ¿La flor que se llama así? ¿La inmensa, abarcadora de J. R.? ¿La condenada y efímera de... que nace con el día y muere con la noche? ¿Y cuántas rosas caben en una caja? ¿A quién se le ocurrió primero regalar una rosa o varias dentro de una caja? Hubo una época en que esa presentación de una flor, de ese detalle amoroso, político o galante, renunciando al ramo de siempre, era una prueba de refinamiento, de lo que hoy llamaríamos “sofisticación”. En la vida llega un momento en que la manera de presentar ciertas cosas, o sea –echando mano de una palabra que nos resulta ahora vulgar– de “contenerlas”, plantea un serio problema. La duda es el dónde y el cómo. Y al decidirnos sentamos un precedente. (262-63)

21 de junio de 1989

¿Cuándo aparece la primera rosa en la primera caja? ¿Cuándo aparece Dios en la caja de la primera persona? Y entonces se inicia ese caleidoscopio lleno de sombras y luces que a veces se nos antoja solo un chispazo y otras, demasiadas, se nos hace interminable. De pronto surge alguien amable de preferencia extranjera que parece puesta a nuestro lado para satisfacer curiosidades. Por ello sabemos que hay rosas de pitiminí, rosas trepadoras, rosas de Francia y rosas de las más perfumadas o que duran poco porque el capullo es demasiado grueso, como esos niños acromegálicos cuyo cerebro no florece nunca por completo. En esa misma época distinguimos los cardos. Los grandes burlones de matiz violeta y esbelto tallo, cuyas hojas pinchan, pero poco, hasta el temible cardo borriquero, sin flor, con hojas erizadas de malignas púas. Y quizás entonces nació nuestro primer herbario, con nombres latinos e ingleses. La lección informal aprendida por la mañana acababa en un paseo por el parque, el jardín o el descampado, donde los “dandelion”, “bocas de dragón” o los “topboots and shoes”, “botas y zapatos” de asimétricas corolas amarillas, cobraban una ineludible realidad. Y paseando por los [ilegible] del Hipódromo, tan distintos pero tan poblados de parejas entonces como ahora, aquellos viveros donde una gran brazada de flores costaba sólo un puñado de pesetas o tal vez únicamente las gracias.

Al salir del barrio se tropezaba siempre uno algún desmonte. Temo que muchos niños de ahora desconozcan la aventura de aquellos lugares. El descenso por un vericuetto en pendiente aguda, como tobogán sin pulir, sem-

brado de piedras, polvo y basura. Y en el caleidoscopio aparece también con tintes desvaídos el juego de “figurarse cosas”, ¡qué divertido era! Exigía sobre todo parejas en las que dominaba la imaginación de uno de los integrantes sobre la docilidad del otro. Es curioso recordar que en aquellos tiempos y aquellas edades, de los ocho a los doce años, inventaban las mujeres y obedecían o protestaban los hombres. “Vamos a jugar a que tú estabas enfermo y yo soy la enfermera. Túmbate en el suelo”. Pero la acera se mostraba inhóspita, los remedios de mentira sabían mal y la ficción duraba poco. También era frecuente lo del marino que regresaba de lueñes tierras con obsequios exóticos o que me sonaban así: chales de Cachemira, saris de la India, quetzemes de México, [ilegible]. Y jugar a las casitas, pero eso molestaba a los chicos, aunque tuviéramos puñados de arroz o de lentejas que nos prestaba la cocinera. Era muy importante eso de figurarse y de jugar a algo. Aun de mayores hay momentos en que parece que se interrumpe la vida y pensamos muy en serio la tremenda pregunta: ¿A qué estamos jugando? Justicia, ladrones, aro, fricielo, cuatroquinas, bandoleros y guardia civil y... sobre todo hadas, esas criaturas casi celestes, pero no exentas de personales vanidades, ataviadas con los adornos que les deparan modistas fabulosas, la condesa de Ségur, Mme. d’Aulnoy, etc. Todo eran gasas transparentes que en realidad no desvelaban gran cosa y pedrerías al gusto de la imaginación. (256-61)

26 de junio de 1989 “De bancos y libros”

De piedra, bien fríos. De madera, desvencijados, a veces fallando alguna de las patas metálicas. Bancos para sentarse y leer o servir de oasis a un juego. En plena Castellana, en el borde de la acera, donde paseaban los poetas, los amigos, y donde solían sentarse las amas de cría y las institutrices (clases aparte). Los bancos pétreos eran más frecuentes en el Retiro. Allí había soldados, niñeras (no confundir con las amas); ¡las *nurses* empezaban a aparecer! Las *misses* de Cuenca fueron más tardías. En ocasiones, cerca del banco se oían cuentos divertidos. Un coche de caballo –un *landau*– solía detenerse cerca, en la avenida lateral, junto a la estrecha acera que bordeaba la hilera de casas. Una señora ya entrada en años y su cochero, ¡lenguas de nuestras respectivas acompañantes o ángeles de la guarda, pero mejor tengamos la fiesta en paz! Al Retiro le correspondió darnos la triste visión de la humanidad deficiente, sin armonía, deforme, y era mujer, sin edad, mucho mayor que yo sin duda. De su silla de ruedas surgía una voz gutural, sin inflexiones, que asustaba. Tenía un nombre –claro está, que no voy a dar–, también su familia. Aquello, medir oculto entre matorrales, repelía y atraía. Pero la amistad entre nuestras respectivas cuidadoras nos llevaba sin duda hasta allí. Hay

tiempos en que la memoria es una caja más fiel y resistente que la de las rosas. No guarda perfume, pero sí terror.

Ya entonces, con pocos años, lo distinto ofrecía un carácter especial. No era siempre una impresión de miedo, pero casi siempre de tristeza. Y lo más grave es que se la daban a uno los demás. ¿Por qué tenía uno que sentirse diferente? Era una sensación extraña, pero que no surgía de uno mismo, del interior. La producían sin un atisbo de delicadeza los otros. Cuando una persona se produce con naturalidad, el agravio mayor que se le puede inferir es ese: el de sacarla del montón y escupirle a la cara ese calificativo: “diferente” o “distinto”...

Lo querían matar
los iguales
porque era distinto.⁶⁶

A este propósito recuerdo a una niña, no tan niña, más bien adolescente, casi a punto de llorar exclamando: ¡yo quisiera ser como todas! Y ese todas se refería casi envidiosamente a las muchachas que sabían bordar, hacer pasteles y encaje de bolillos.⁶⁷ (252-55)

27 de junio de 1989

Un pedazo de mar puede ser una impresión, un color o un movimiento para toda la vida. Mar en el que se penetra por primera vez en espera de algo, cualquier cosa, menos ese frío, ese deshielo de hielo que algún día acabará convirtiéndose en caricia. Mar con perro o perro con mar, ¿caso de Dalí?⁶⁸ Mar de Ciboure, más tarde con La Reserva. Nuestro chalet “Villa Adrienne”, las bañistas y los bañeros que nos enseñaban a saltar las olas, la arena tan fina y el misterio de las algas y las conchas. Mar francés el de Saint Nazaire, después del de Valencia y Barcelona vistos y sentidos en plena guerra.⁶⁹ Mis últimos mares españoles antes de Veracruz y de Acapulco. El mar trágico del Saler, con la huella de tantos muertos y aquel tremendo estampido que llegó hasta la plaza de Mosén Milá.⁷⁰ Cañoneo desde el puerto. Mares de antes, de mucho antes, con la memoria de un frío delicioso y luego de ese calor solar que doraba la piel y, si lo recibíamos con los ojos cerrados, también los sueños. Mar de oro. Tardes de oro. Playas con pintura y con poesía. Lectura junto a esa espumilla verde de los tamarindos y una voz respetada y admirada aprobando aquellas palabras tan nuevas. Por eso puedo decir que aquel segundo libro me lo dieron el mar de Guéthary y una crítica penetrante y comprensiva de las que ya no hay.

El mar también puede dar rosas, esas que siguen perfumando cuando se han secado. Unos gajos de mar vistos un par de veces pueden llenar de

belleza toda una vida. El azul de Ribadesella, el puente de Cangas de Onís, romántico y sobrio con sus colgantes de enredaderas verdes en sus arcos puros. También un amor entrevisto junto al mar cuando aún no sabía qué era aquello. Sonrisas, timideces y unas blusas que parecían preciosas. ¿Lo eran? (249-51)

1 de julio de 1989

Y sigue la serie de los mares. Cubierta del “Flandre”. Momento de la partida. Uno de los silencios más profundos de mi vida. Juntos los dos, pero callados. Saint Nazaire. Adiós Europa, adiós las crepes francesas. Todo el barandal del barco ocupado por gente callada. Alguna voz, algún nombre, venían de tierra. Nosotros, ¿para qué hablar si nos íbamos? Junio. Verano. De momento nadie tenía nombre. Éramos, ¿íbamos a ser? (v. *Primer Exilio*). Más tarde descubrimos que nos conocíamos todos. Pero entonces... Fue el primer barco de mi vida. También el último. El mar que había de elevarnos, que nos llevó y se quedó dentro de nosotros y sigue acompañándonos, sobre todo en realidad cuando estamos ahincados en tierra. Sacudidas del mar contra las ventanas del hotel en plena noche cuando el agua ruge, penetra en las habitaciones y empujan hacia dentro nuestras manos nerviosas. La Habana. “C’est beau comme port! n’est-ce pas?”, exclamaba el presumido capitán del Flandre. Nadie le contestaba aunque tenía razón. Uno de los puertos más bellos del mundo. Pero ¿quién de nosotros en aquella hora tenía ánimos, corazón y ojos para admitirlo? Sólo alguna locabis [*sic*] que seguía soñando con paisajes nuevos, exóticos. (246-48)

NOTAS

1. Los títulos de los poemarios son los siguientes: *En silencio...* (1926), *Ahora* (1928), *La voz en el viento* (1931), *Cántico inútil* (1936), *Presencia a oscuras* (1952), *El nombre que me diste* (1960), *Cárcel de los sentidos* (1964), *Hai-kais espirituales* (1967), *Cartas cerradas* (1968), *Poemas del ser y del estar* (1972), *Primer exilio* (1978), *Poemillas navideños* (1983), *La pared transparente* (1984), *Huyeron todas las islas* (1988), *Los encuentros frustrados* (1991), *Del vacío y sus dones* (1993) y *Presencia del pasado* (1996). No incluyo entre las obras citadas los poemas sueltos, cuentos y artículos que publicó a lo largo de su vida en revistas y periódicos, así como las numerosas traducciones que realizó para el Fondo de Cultura Económica y otras editoriales. Los poemas y cuentos, aunque son testimonio de la obra en marcha de su autora, no tienen en la mayoría de los casos el carácter acabado de un libro, por lo que he decidido no equipararlos con los demás. Por otro lado, los artículos y traducciones, aportaciones

de indudable valor cultural, no forman parte de la obra estrictamente creativa por la que se conoce principalmente a Ernestina.

2. Así ocurrió con un cuadernillo de poemas anteriores a los que pasarían a integrar *En silencio...*, que su familia conservó durante años y Ernestina decidió destruir tras su regreso a España.
3. No incluyo en el grupo de los poemarios del regreso *Poemas del ser y del estar*, ya que, pese a que fue publicado en España en 1972, Ernestina lo escribió enteramente en México y sus rasgos formales y temáticos se hallan por tanto más en relación con los poemarios del exilio.
4. Recordatorio de este carácter inacabado de los borradores son también los fragmentos que se reducen a una mera yuxtaposición de datos y que, por no estar sometidos a elaboración narrativa alguna, he decidido no transcribir aquí. En la mayoría de los casos se trata de párrafos precedidos por un título que hace referencia a una época de la vida de Ernestina y compuestos por anotaciones que parecen haberse ido rellenando conforme su autora iba recordando las anécdotas del pasado. Su interés reside en ilustrar el proceso que siguió Ernestina en la elaboración de lo que iban a ser sus memorias.
5. Dice Karl J. Weintraub que la autobiografía y las memorias han de considerarse dos subgéneros distintos, en la medida en que el tema esencial de una autobiografía han de ser las realidades experimentadas de forma concreta, mientras que el interés del escritor de memorias está más en los acontecimientos externos que en su vivencia de los mismos, que en la reflexión consciente del significado interno que esos acontecimientos tienen para su propia personalidad. En los textos aquí analizados cada acontecimiento que se narra —incluso los que hacen referencia a temas históricos como la guerra y el exilio— aparece claramente seleccionado y perfilado desde el interés subjetivo que tiene para su autora y no tanto desde la importancia histórica objetiva que dirigiría su elección en el caso de las memorias. Sin embargo, hay que puntualizar que Ernestina, como tantos otros escritores y estudiosos, utiliza la palabra “memorias” como sinónimo de “autobiografía”, hasta el punto de que, pese al carácter genérico claro de su escrito, sólo en un fragmento de sus borradores llega a utilizar la palabra “autobiografía”.
6. Philippe Lejeune ha definido la autobiografía como “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (48). Sin embargo, también ha aclarado que junto a ella se da la existencia de una serie de géneros limítrofes como las memorias, el diario íntimo y el autorretrato o ensayo. Todos ellos participarían de la única característica estrictamente necesaria para que podamos hablar de “lo autobiográfico”, el establecimiento de un pacto con el lector según el cual éste podrá reconocer la identidad (no necesariamente el parecido) entre autor, narrador y personaje del texto. El cumplimiento de esta condición hace posible que, pese a que Lejeune no lo nombre directamente, yo considere también el poema autobiográfico como subgénero de la “literatura íntima”.
7. Georges Gusdorf, consciente de que la experiencia es materia prima de toda creación y de que este hecho puede conducir a cierta indiferenciación genérica, ha aclarado que la autobiografía se distingue del resto de las obras de un escritor por hacer una declaración explícita de la propia vida. Lo que convierte una obra en autobiográfica

- no es por tanto una cuestión temática –la narración de aspectos de una vida que el lector pueda atribuir a la persona real del autor– sino una cuestión formal: un pacto firmado por el autor en el que éste se compromete a narrar la vida que le es propia, a establecer en el texto una identidad interna entre autor, narrador y personaje, a reconstruir en la escritura su identidad a través del tiempo.
8. Desarrollo este tema más detalladamente en Antón 2006.
 9. Estos rasgos los ha especificado José Ángel Ascunce (1991, 1993). Estoy de acuerdo con él en considerar como rasgos permanentes de la poesía de Ernestina el tema del amor –que desde el movimiento de la última etapa consigue conciliar definitivamente amor humano y amor divino– y la plasmación formal de lo trascendente a partir de la contemplación de lo concreto –la combinación de la recreación sensorial por medio de imágenes de la primera etapa y de la abstracción por medio del símbolo de la segunda–.
 10. He datado estos apuntes de diario en 1977 debido a que éste es el año que aparece en la portada del dietario en el que Ernestina los escribió. Los subrayados y las comillas que aparecen en la transcripción pertenecen al texto original. El número que aparece entre paréntesis al final de cada texto se corresponde con la página del cuaderno en el que se encontraba.
 11. En México Ernestina combinaba la creación poética y la colaboración en revistas literarias como *Las Españas* o *Rueca* con su trabajo como traductora de libros y como intérprete en congresos internacionales (precisamente Ernestina formó parte del grupo de intelectuales que en 1947 fundó la Asociación de Personal Técnico de Conferencias Internacionales). Tras la muerte de su marido, el poeta Juan José Domenchina, Ernestina comenzó a dedicar también mucho tiempo a los desfavorecidos, colaborando en las actividades que el sacerdote Ernesto Santillán promovía desde la iglesia de la Santa Veracruz, en un barrio deprimido de México. Al regresar a España, las posibilidades de trabajo y de acción social quedan reducidas para ella prácticamente a la traducción de libros, cambiando así de forma significativa su panorama vital.
 12. En las listas de traducciones realizadas por Ernestina incluidas en Ascunce 1991 y Landeira –probablemente las listas más completas, dado que están extraídas del propio currículum vitae de la autora– no he encontrado ningún autor o título que pueda corresponderse con las iniciales “Ma. R.”.
 13. Ernestina está haciendo aquí referencia a la fiesta que se celebra en el Opus Dei cada 14 de febrero, aniversario de la fundación de la labor apostólica con mujeres y de la sociedad sacerdotal de la Santa Cruz (1930 y 1943). Como se explicará más adelante, ella pertenecía al Opus Dei desde 1952, por lo que solía celebrar todos los años esta fiesta.
 14. En los centros del Opus Dei puede encontrarse una cruz negra de madera a la entrada del oratorio. La presencia de la cruz en las casas es una de las tradiciones más antiguas del cristianismo, si bien la peculiaridad de la “cruz de palo” consiste en ser una cruz desnuda, sin la figura de Cristo sobre ella. Andrés Vázquez de Prada ha explicado en *El Fundador del Opus Dei* el significado de este hecho, citando las palabras del propio san José María Escrivá: “Si algún curioso le preguntaba por el significado de aquella cruz de palo desnuda, daba pie al sacerdote para decirle: Está esperando el Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú” (509). La “cruz de palo” supondría por tanto un recordatorio de la identificación con Cristo a la que todo cristiano ha de aspirar. En el

caso que Ernestina relata aquí la cruz de palo parece encontrarse todavía en el suelo por tratarse de un centro recién fundado, todavía en obras.

15. Es probable que Ernestina se esté refiriendo con las iniciales C. B. al poeta Carlos Bousoño, que viajó con frecuencia a México tras su vuelta a España en 1943. La relación de Carlos Bousoño con México se remonta en cualquier caso a su adolescencia, momento en que tras la temprana muerte de su madre, se traslada allí con su padre para recibir la ayuda de unos parientes. En 1943 se licencia en Filología Románica en la entonces Universidad Central, donde acabará siendo en 1950 profesor de literatura española y de teoría estética. Amigo de poetas como Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso y conocedor de una nueva generación de poetas de la que forma parte (aunque su primer libro, *Subida al amor*, es de 1946 se le puede considerar por la orientación de su poesía –junto a José María Valverde, Vicente Gao y José Luis Hidalgo entre otros– relacionado con los llamados poetas de la generación de 1936, entre los que se encuentran Luis Rosales y Leopoldo Panero) no es de extrañar que facilitara la llegada a México de noticias sobre lo que se estaba escribiendo en España. Esa información quedaría recogida en la *Antología de la poesía moderna en lengua castellana* (1900-1936), cuya publicación en 1941 puede considerarse el hito de aquellas tertulias de las que habla Ernestina.
16. Las iniciales corresponden a Juan José Domenchina, marido de Ernestina.
17. Con esta expresión Ernestina se refiere a su pertenencia al Opus Dei, al que sus miembros denominan familiarmente como “Casa”.
18. En 1949 (fecha un poco posterior a la que Ernestina recuerda en sus memorias) Ernestina viajó a Washington para trabajar como intérprete en un congreso de la Unión Internacional de Comunicaciones. Durante su estancia allí Ernestina descubrió el libro *The Seven Storey Mountain* de Thomas Merton, libro cuya lectura supuso el comienzo de una conversión religiosa, que tal y como ella contaría en *La ardilla y la rosa*, suponía la solución a una crisis espiritual que había comenzado tiempo atrás en México: “A este propósito viene contar que precisamente en esos días todas las librerías de Washington exhibían como gran novedad *The Seven Storey Mountain*, del fraile trapense Thomas Merton, autor de unos extraordinarios libros espirituales con el doble atractivo de su fondo místico muy elevado y un lenguaje moderno al alcance de todos. Compré el libro y su lectura completó la solución de una crisis íntima que yo traía desde México. Esto ayudó también a la escritura de mi librito de poemas *Presencia a oscuras*, escrito casi todo él en Washington y publicado en Madrid” (63). El redescubrimiento de la religión en Ernestina vino también después de la mano de su conocimiento del Opus Dei, en el que solicitó la admisión en 1952. La “llamada” a la que Ernestina se refiere por tanto en este fragmento es la vocación cristiana al amor de Dios, concretada en su caso más adelante en la vocación a la santificación en el mundo por medio del trabajo, predicada por el Opus Dei.
19. Este fragmento y los dos que lo siguen no se encuentran fechados. La consideración de un cuarto fragmento perteneciente al mismo cuaderno, atribuible a los “apuntes de diario” y esta vez con fecha de 10 de julio de 1983, nos permite sin embargo suponer una fecha similar para dichos escritos.
20. Lujosa joyería que todavía hoy existe en el madrileño barrio de Salamanca.

21. Todos los “apuntes de diario” transcritos a partir de aquí pertenecen a un mismo cuaderno, que incluye en su interior las fechas de 1987, 1989, 1990 y 1991.
22. Tras la muerte de Juan José Domenchina, una de las tareas a las que Ernestina dedicó gran parte de su tiempo fue a la publicación de la obra de su marido. En 1975 logra la publicación de sus *Obras completas*. Una carta escrita por A. Javier Domingo Gómez en 1987, en la que le expresa a Ernestina la gratitud por el honor que supone para el Ayuntamiento de Madrid editar *El aire azul de Madrid*, atestigua a su vez la dedicación de Ernestina y aporta en apariencia una respuesta positiva a la preocupación expresada por la poetisa en este fragmento. En cualquier caso, no tengo noticia de que *El aire azul de Madrid* fuera finalmente publicado.
23. Ernestina introduce palabras extranjeras –especialmente palabras francesas– en el texto español a veces con comillas, a veces con el subrayado y en ocasiones directamente. En este último caso he creído conveniente transcribirlas en cursiva, ajustándome a las normas de ortografía actual.
24. He atribuido a este fragmento la fecha de 1989, por su contigüidad con el fragmento anterior y por la coincidencia del mes en la datación original.
25. Es probable que se refiera a Luzmaría Jiménez Faro –directora de la Ediciones Torremozas–, que publicó y prologó en 1988 una *Antología* de la obra de Ernestina y que en 1993 publicaría su poemario *Del vacío y sus dones*.
26. Desconozco a quiénes puede referirse Ernestina con las iniciales “B” y “C.”.
27. Es posible que Ernestina esté haciendo alusión al libro *Tiempo de caminar: semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer* (1989).
28. En el otoño de 1936, ante la inminente llegada a Madrid de las tropas nacionales, Ernestina de Champourcin y Juan José Domenchina, junto con otras familias vinculadas a la República, fueron evacuados de la capital por el Quinto Regimiento. La primera escala de su viaje hacia el exilio fue Valencia. En su viaje hacia Valencia pasaron por Motilla del Palancar (Cuenca). Precisamente con el nombre del municipio tituló Ernestina uno de los poemas de *Primer exilio*, que comienza con los siguientes versos: “Chorreaba la noche/ su humedad pegajosa/ de sábanas recientes.” (1991, 344) Debido a que no hay ninguna referencia explícita en este fragmento a las “sábanas de Motilla”, el título que lo encabeza ha de entenderse en relación con los versos citados.
29. Los tres primeros “fragmentos de autobiografía” carecen de una fecha de composición original, los he fechado en cualquier caso en 1977 por estar incluidos en un dietario en cuya portada aparece escrito este mismo año.
30. Tarancón (Cuenca) es otro de los municipios por los que pasó Ernestina en su viaje a Valencia y que en este trayecto se encuentra antes que Motilla del Palancar. La Federación Anarquista Ibérica (FAI) opuso una fuerte resistencia a la entrada de las tropas fascistas a Madrid y entendió también como parte de su lucha cortar la corriente demoralizadora de quienes huían de Madrid. Y fue precisamente en Tarancón donde muchos de los que huían fueron detenidos y obligados a volver a Madrid.
31. Las siglas corresponden a la “Federación Anarquista Ibérica”, nacida en julio de 1927. Estaba formada por un conglomerado de distintos grupos afines, aunque no dispuso de una estructura organizativa firme hasta 1937 y nunca llegó a tener unas bases ideológicas comunes. La FAI mantuvo una oposición frontal contra las instituciones republicanas, inspirando las sublevaciones de 1932 y 1933 y algunos de sus miembros

- desarrollaron también, a través *Libertad*, *Tierra* y *La Revista Blanca*, un importante trabajo teórico acerca de cómo habría de ser la futura sociedad anarquista. En 1939 el exilio y la dictadura del general Francisco Franco acabaron por poner fin a la organización.
32. Los siete fragmentos que siguen, pese a carecer también de una fecha original, han sido fechados en 1983, debido a que se encuentran en el cuaderno que contenía las anotaciones de diario correspondientes a esta fecha.
 33. Con los dos primeros nombres Ernestina se refiere a las autoras de novela rosa Josefina de Maryan y Eugène Marlitt. Desconozco sin embargo a quién puede estar haciendo referencia con los nombres de Dehli y Guy de Chante Poile.
 34. Rafael Pérez y Pérez fue uno de los primeros cultivadores en España de la novela rosa con títulos como *Los caballeros de Loyola* (1929) o *Madrinita buena* (1932). Corín Tellado ha sido probablemente la escritora más prolífica de este género con títulos como *Atrevida* (1946) o *Casada por ambición* (1956).
 35. *Cristina Guzmán* fue publicada en 1936. En 1939 la propia Carmen de Icaza la adaptó al teatro, con la ayuda de Luis de Vargas. Más adelante se harían adaptaciones de la novela al cine, a la radio y a la televisión. El año anterior a la aparición de *Cristina Guzmán*, Carmen de Icaza había publicado también con éxito *La boda del duque Kurt*.
 36. Santa Gertrudis, Matilde de Magdeburgo y santa Matilde de Hackeborn son tres de las más importantes místicas alemanas del siglo XIII. Continuadores del movimiento místico alemán son el maestro Eckhart (1260-1328) y Enrique de Suso (1300-1365). Por último, Jan van Ruysbroeck (1293-1381) fue uno de los primeros autores que utilizó la lengua flamenca antigua y no el latín para escribir sobre temas místicos.
 37. Este verso pertenece al poema de Rubén Darío “Sonatina”, de *Prosas profanas y otros poemas* (1896-1901). El verso que Ernestina nombra un poco más abajo –“la marquesa Eulalia”– pertenece al poema “Era un aire suave...”, también de *Prosas profanas y otros poemas*.
 38. María Teresa Roca de Togores publicó *Poesías* en 1926, el mismo año en que apareció el primer poemario de Ernestina, *En silencio...*, y *Sembrad...* de Cristina Arteaga; no sólo mantenía por tanto con ella cierta amistad, sino el amor a la poesía y la conciencia de que la mujer debía irrumpir en el mundo de la escritura.
 39. Con la abreviatura “J.” Ernestina está haciendo referencia a su hermano Jaime.
 40. Aunque Agustín de Foxá ha pasado a la Historia de la Literatura por la novela *Madrid de corte a checa* (1938), lo cierto es que comenzó su carrera literaria como poeta. Sus primeros versos los publicó en los años veinte en *De todo un poco*, revista del Colegio del Pilar. Probablemente a ellos se refiere Ernestina en el texto, ya que su primer poemario, *La niña del caracol* –una mezcla de los rasgos más característicos del modernismo, las vanguardias y la generación del 27– no se publicó hasta 1933.
 41. “Charadas” es un pasatiempo relacionado con los crucigramas que estaba muy de moda a principios del siglo XX. Consistía en adivinar una palabra haciendo una indicación sobre su significado y descomponiéndola en partes que forman por sí solas otras palabras.
 42. El Orient Express, creado en 1870 por la International Wagon-Lits Company, era un tren de lujo destinado a recorrer Europa. Su servicio fue interrumpido al estallar la I Guerra Mundial en 1914 y se reanudó en 1921, aunque no iba más allá de Budapest, debido a la petición de los gobiernos aliados de un servicio de calidad que hiciera el

- recorrido desde y hasta los Balcanes. Por ese motivo se creó en 1919 el Simplon-Orient Express. Este tren atravesaba el túnel transalpino Simplon, inaugurado en 1906 en su recorrido desde París, vía Suiza, Milán, Venecia y Trieste hasta Belgrado, en su ruta hacia Estambul.
43. Entre el 13 de mayo y el 19 de julio de 1936, justo antes del estallido de la guerra civil española, algunos de los políticos nombrados por Ernestina ocupaban algún cargo en el Gobierno de la II República. Santiago Casares Quiroga era el Presidente del Gobierno y ministro de Gobernación. Augusto Barcia Trelles ocupaba la cartera de Estado. Alejandro Lerroux (fundador de Alianza Republicana en 1926), José María Gil-Robles (fundador de la Confederación Española de Derechas Autónomas en 1933) y José Martínez de Velasco habían ocupado también cargos en gobiernos anteriores.
 44. “La Internacional” y “La Joven Guardia” son dos de los himnos de la República. “La Casa del Pueblo” es el nombre que recibió la sede del Partido Socialista durante la II República.
 45. Pese a carecer de una fecha original, este fragmento ha sido fechado entre 1989 y 1991 por pertenecer al cuaderno en el que se encuentran los “apuntes de diario” y “fragmentos de autobiografía” escritos entre estos dos años.
 46. La Condesa de Ségur (1799-1874) es una escritora francesa de origen ruso que debe su fama a sus libros de literatura infantil. Su nombre original era Sophie Rostopchin. Marie Catherine le Jumel de Bemeville, baronesa d’Aulnoy (1650-1705), fue una brillante narradora, autora de libros de viajes, de novelas románticas y de cuentos de hadas.
 47. Ernestina está contando aquí cómo en uno de sus veraneos encontró en Sète (Languedoc-Rosellón) la tumba de Paul Jean Toulet, autor de las composiciones poéticas denominadas “contrerimes”. Sin embargo Paul Jean Toulet murió y fue enterrado en Guéthary (Pirineos Atlánticos, Aquitania), tal y como atestiguan sus biógrafos y una fotografía que la propia Ernestina hizo en torno a 1926 de la tumba, conservada entre los documentos personales que donó a la Fundación Universitaria de Navarra. Es posible que esta confusión se deba sencillamente a un fallo de la memoria. La visita a esta tumba inspiraría su artículo “Ante el sepulcro del poeta”, publicado en diciembre de 1927 en *El Heraldo*.
 48. Marie Bashkirtseff (1858-1884), pintora y escritora francesa de origen ruso, ha sido especialmente conocida en el mundo literario por sus *Cahiers intimes*, que comenzó a escribir cuando tenía sólo 14 años. En una época en la que la mujer tenía que luchar contra todo tipo de obstáculos para participar en la cultura, en la que tenía que ajustarse a los modelos de comportamiento fijados para ella por la sociedad, su *Diario* es una muestra desnuda de los pensamientos y actitudes de una mujer alejada de las convenciones y empeñada en labrarse un nombre propio en un mundo artístico que se le veda. En este mismo contexto podemos situar la escritura de Marie Lenéru (1875-1918), también conocida por la escritura de un *Journal*. No es de extrañar por tanto que ambas autoras hayan supuesto para Ernestina y otras escritoras de principios del siglo xx un punto de referencia indiscutible a la hora de hacer realidad sus vocaciones literarias.
 49. Ernestina conoció a su futuro marido, Juan José Domenchina, en 1930 en el estudio de los hermanos Zubiaurre. Al poco tiempo (en 1931) éste aceptó el cargo de secretario político de su amigo y tertulio en el Café Regina, Manuel Azaña. De ahí que Ernestina

tina haga referencia a él como a un “nombre político”. Es probable que la interrogación (“¿a cuya amistad se le pudo llamar amor?”) se deba en cualquier caso a que Ernestina no llegó a considerar sus salidas con Juan José Domenchina como las características de un noviazgo. Ella declararía con los años que se consideraban sobre todo buenos amigos, que compartían intereses comunes, pero que, de no haber tenido lugar el estallido de la guerra civil, quizá nunca habrían llegado a contraer matrimonio.

50. Ernestina puede estar refiriéndose a la tumba de Jacob Robles, monumento escultórico de apariencia inacabada realizado en torno a 1849 por Antoine-Augustin Préault y titulado “El silencio de la muerte”. El hecho de que dicha tumba pertenezca al cementerio de Père-Lachaise y no al de Passy se explica fácilmente por una confusión de la memoria, pues ambos se encuentran en París. Por otro lado, pese a que Ernestina hace referencia a un “cuadro” y no a una escultura, la existencia del cuadro de Odilon Redon “El silencio” (1911), que reproduce una imagen semejante a la de la escultura de la tumba de Jacob Robles, puede explicar también el desplazamiento.
51. Algunas de las amistades que nombra aquí Ernestina son la escritora Isabel Buendía, la pintora Marisa Roesset, la poetisa María Teresa Roca de Togores, Margarita Pedroso –silenciosa enamorada de Juan Ramón Jiménez–, Cipriano Rivas Cherif –cuñado de Manuel Azaña, uno de los fundadores de la revista *La Pluma* y director y autor de numerosas obras de teatro– y el Padre Donostia –fraile capuchino, nacido en San Sebastián con el nombre de José Gonzalo Zulaica y uno de los más importantes compositores españoles del siglo xx–. El “San Francisco” al que Ernestina se refiere, traducido del francés por Cipriano Rivas Cherif y musicalizado por el padre Donosti es una de las obras teatrales del dramaturgo francés Hery Ghéon.
52. Esta cita es un fragmento del capítulo v del libro III de la *Imitación de Cristo*.
53. Tipo de baúl, grande y de mucho fondo.
54. Ernestina está aludiendo a las familias de distintos intelectuales y políticos españoles que partieron al exilio mexicano: José Giral –presidente del gobierno republicano durante la guerra civil y en el exilio (1945-1947)–, quizá el científico Francisco Bar-nés González, el pedagogo republicano José de Tapia, el doctor Veneranda García Manzano, etc.
55. Se trata de los poetas cubanos Juan Marinello –vinculado en sus orígenes a la *Revista de Avance* (1927-1930), representativa de la vanguardia– y Nicolás Guillén –representante de la poesía negra de su país y de la literatura caribeña–.
56. El “Dr. Pascual” es probablemente Federico Pascual del Roncal, Jefe del Departamento de Psiquiatría e Higiene Mental del Ministerio de Sanidad, que se exilió en 1939 a México, donde llegó a ser Profesor de Psicoterapia de la UNAM y jefe del Servicio Psiquiátrico del Instituto Médico Pedagógico de México. Su referencia aquí ilustra cómo entre los intelectuales que se exiliaron tras la derrota de la República se encontraban numerosos científicos, que llegaron a integrarse en los países de acogida y se mantuvieron unidos gracias al importante trabajo de la Junta de Cultura Española. Creada en París en 1939 por distinguidos representantes de la intelectualidad española en el exilio, tenía como objetivos: hacer un censo de intelectuales españoles emigrados (que se estimaban en más de cinco mil), hacer posible su acogida en distintos países (en especial de habla hispana), evitar su aislamiento proporcionando medios para que

- estuvieron en permanente contacto y animar a que la cultura española, amenazada por el régimen franquista, pudiera sobrevivir e incluso incrementarse.
57. Como quedó explicado más arriba, desde el otoño de 1936 –momento en que Ernestina y Domenchina fueron evacuados de Madrid por el Quinto Regimiento– hasta el verano de 1939 –en el que llegaron a México, su destino definitivo en el exilio– el matrimonio sufrió junto con otros exiliados un largo éxodo que, siguiendo al Gobierno Republicano en su traslado forzoso, lo condujo por Valencia, Barcelona y Toulouse. En el viaje de Barcelona a Toulouse pararon entre otros lugares en Perelada.
 58. La inicial A. se refiere a Manuel Azaña, que el 27 de febrero de 1939 dimitiría como Presidente de la República.
 59. Ernestina y su marido no viajaron hacia el exilio solos, sino que lo hicieron con la madre de Domenchina, que era viuda, y con dos sobrinos.
 60. Desde principios de enero de 1939 varios cientos de miles de republicanos con sus familias cruzaron la frontera con Francia buscando salvar la vida. Pero Francia, que no estaba preparada para albergar a tal número de refugiados, los fue enviando a campos de concentración en los que vivieron hacinados, sin las más mínimas condiciones higiénicas. En total se establecieron en Francia y en sus territorios de Argelia y Marruecos una veintena de estos campos rodeados de alambradas y ametralladoras y vigilados por guardias senegaleses. Sólo un número menor de refugiados tuvo la suerte de ser albergado en casas de franceses de buena voluntad y de españoles residentes en el país galo.
 61. Es posible que Ernestina se esté refiriendo con esta abreviatura a la Junquera, otra de las escalas del viaje de Barcelona a Toulouse.
 62. Max Aub no llegó a México hasta 1942, por lo que Ernestina no se lo pudo encontrar en México sólo unos meses después de haberlo visto en la frontera francesa. En 1939 Max Aub se exilió a su Francia natal, donde sufrió la experiencia de los campos de concentración hasta que logró escaparse y llegar en 1942 a México desde Casablanca.
 63. En 1984 Ernestina vendió a la Biblioteca Nacional una serie de cartas de Juan Ramón Jiménez a Juan José Domenchina fechadas entre 1934 y 1945 y una de 1956 de Zenobia de Camprubí dirigida a ella. Vendió asimismo a la Biblioteca Nacional una carta de Vicente Aleixandre fechada en 1963, dos de Jorge Guillén fechadas en 1969 y 1971 y una de Manuel Machado. Más adelante Ernestina sacaría también a subasta un grupo de cartas de Antonio Machado (fechadas en 1937 y 1938) y de Manuel Azaña a Domenchina (fechadas en 1939 y 1940), que serían adquiridas por el Ministerio de Cultura.
 64. Este fragmento carece de una fecha original, pero ha sido fechado entre 1987 y 1991 por pertenecer al cuaderno que contiene los “apuntes de diario” y “fragmentos de autobiografía” escritos durante estos años.
 65. Con las abreviaturas J. R. o J. R. J. (que aparece más adelante) Ernestina se refiere al poeta Juan Ramón Jiménez.
 66. Fragmento del poema “Distinto”, del libro de Juan Ramón Jiménez *Diario de un poeta recién casado* (1916).
 67. Esta anécdota que Ernestina introduce en el texto puede entenderse en relación con la educación que recibían las mujeres a principios del siglo XX, que solía ser diferente a la de los hombres y se reducía la mayoría de las veces a la enseñanza de las tareas del hogar

y de una serie de habilidades sociales como el baile y la conversación. Con este tipo de educación se relegaba a la mujer al ámbito de lo privado y se le negaba la posibilidad de acceder al mundo de la cultura. Las mujeres autodidactas que se inmiscuían en este mundo eran consideradas por tanto diferentes y se las rechazaba socialmente por desatender las aficiones y obligaciones que se consideraban naturales para su género.

68. Es posible que Ernestina esté haciendo aquí referencia al óleo “Dalí a la edad de seis años, cuando pensaba que era una niña, levantando con suma precaución la piel del mar, para observar a un perro durmiendo a la sombra del agua”.
69. De Saint-Nazaire partió el “Flandre”, barco que condujo a Ernestina y a otros tantos intelectuales españoles al exilio en México.
70. Tanto la playa de Saler como la plaza Mosén Milá se encuentran en Valencia, ciudad en la que Ernestina y Domenchina, junto con otros muchos exiliados, permanecieron casi dos años, antes de viajar a Barcelona, a Francia y, finalmente, en 1939, a México.

OBRAS CITADAS

- Antón Remírez, María Elena. “Ernestina de Champourcin: diarios y memorias”. *Ernestina de Champourcin: mujer y cultura en el siglo XX*. Ed. Rosa Fernández Urtasun y José Ángel Ascunce. Madrid: Biblioteca Nueva, 2006. 191-223.
- Ascunce, José Ángel. “Prólogo de *Poesía a través del tiempo*”. *Poesía a través del tiempo*. Barcelona: Anthropos, 1991. IX-LXV.
- . “La poesía de Ernestina de Champourcin: entre lo lúdico y lo sagrado”. *Ínsula* 557 (1993): 19-20.
- Ciplijauskaitė, Biruté. “El camino hacia la plenitud consciente: Ernestina de Champourcin”. *DUODA* 7 (1994): 217-19.
- De Champourcin, Ernestina. Fotografía de la tumba de Paul Jean Toulet, fechada en torno a 1926. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.
- . “Ante el sepulcro de un poeta”. *El Heraldo* (diciembre 1927). s. p. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.
- . Borrador fechado en 1977. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.
- . *La ardilla y la rosa: Juan Ramón en mi memoria*. Madrid: Los Libros de Fausto, 1981.
- . Borrador fechado en 1983. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.
- . Borrador fechado en 1987-1991. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.
- . *Poesía a través del tiempo*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Domingo Gómez, Javier. Carta inédita dirigida a Ernestina de Champourcin, fechada en 1987. Se conserva en el Archivo General de la Universidad de Navarra.

- Gusdorf, Georges. "Condiciones y límites de la autobiografía". *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos Anthropos 29. Barcelona: Anthorpos, 1991. 9-18.
- Ladeira, Joy B. "Ernestina de Champourcin". *Spanish Women Writers: A Bio-Bibliographical Source Book*. Ed. Linda Gould Levine, Ellen Engelson Marson y Gloria Feiman Walman. Westport, Conn: Greenwood Press, 1993. 141-47.
- . *Ernestina de Champourcin: vida y literatura*. Ferrol: Ensaio, 2005.
- Lejeune, Philippe. "El pacto autobiográfico". *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos Anthropos 29. Barcelona: Anthopos, 1991. 47-61.
- Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*. Vol. 1. Madrid: Rialp, 2002.
- Weintraub, Karl J. "Autobiografía y conciencia histórica". *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos Anthropos 29. Barcelona: Anthopos, 1991. 18-33.